daz calavera Pancho Velez y de los acreditados coroneles Lalanne y Bernabé La Barra.

Se sabia que en los alrededores se reunian las fuerzas todas del Valle, y que las tropas del Sur al mando de Jimenez, pesadilla eterna de los conservadores, se dirigian á Toluca donde se las esperaba para dirigirse con toda la division á Querétaro, foco de las fuerzas imperiales, y sitio destinado para una próxima batalla.

X.

Maximiliano estaba perplejo, acobardado, irresoluto, no se creia seguro en la capital, y marchó con el ejército al interior rodeado de sus generales.

En el camino tuvo un encuentro con la guerrilla de Fragoso, que salió á inquietar la marcha de los imperiales.

Maximiliano, para darse valor, cargó personalmente sobre los guerrilleros, que segun su táctica, despues de disparar sus armas sobre la escolta del emperador, se dispersaron.

En buena ley este lance fué una *reclutada;* porque ningun general hace el papel de esplorador, comprometiendo su vida, si no es en un lance en que el valor personal decida de una gran batalla, como Napoleon en el Puente de Arcole, como Zaragoza en la batalla de Silao.

El desgraciado archiduque se puso al frente de sus soldados y abrió decidido la campaña, situándose en la ciudad de Querétaro, cuyo ingrato suelo se regaria mas tarde con la sangre de uno de los descendientes de Cárlo Magno.

CAPITULO DÉCIMO.

EL 24 DE MARZO.

I.

Miramon instaba en los consejos de guerra celebrados ante Maximiliano, para que se saliera al encuentro de los republicanos; porque de aglomerarse las fuerzas enemigas ya seria empresa dificil sostener con éxito una batalla.

Marquez tenia miedo; porque ese miserable es un cobarde, que ha adquirido alguna fama combatiendo grupos desarmados y sin disciplina.

Márquez es un ente degradado, un harapo sangriento, una sabandija venenosa que hiere á mansalva.

Si pudiéramos en estas páginas dispensarnos de la vergüenza de hablar de ese asesino lo hariamos gustosos; pero tenemos, para pintar la historia, que hacer lo que las golondrinas para formar su nido, arrastrarse un momento por el fango.

Márquez, deciamos, tenia un pánico horrible, aconsejaba esperar.

Los republicanos acudian en masa al punto donde los provocaba el estandarte de los grifos.

Escobedo para establecer sus puntos avanzados dió un ataque al cerro

de San Gregorio, lanzándose á la vez sobre la fortaleza de la Cruz para llamar la atencion del enemigo.

Despues de un combate sangriento, los republicanos quedaron dueños del cerro y avanzados sobre la ciudad.

II.

La ciudad de Querétaro está situada en el fondo de una cañada, tiene por vigía las cumbres gigantes del *Cimatario.*

El cerro de las *Campanas*, con su armadura de granito, vela por esa deidad encantadora que humedece su frente en las aguas azuladas y trasparentes de sus linfas termales.

Vive solitaria en sus jardines, adormecida por la esencia que se exhala de su naturaleza exhuberante y el viento que se abrasa en sus vapores caliginosos.

Mecida bajo un cielo purísimo, cruzado por íris y celajes, corona su inmortal cabeza con las rosas de primavera y las húmedas y profusas hojas del verano.

Esa vírgen de la montaña se ha tornado en anacoreta.

Su horizonte está cubierto de cúpulas y torres.

Su atmósfera se agobia saturada de incienso, y sus ambientes arrastran por tres veces cada sol, el solemne toque *del Ave María.*

La revolucion vino á apagar tus cantos religiosos, á trasformar tus templos en fortalezas y en prisiones, á improvisar en patíbulo esa pirámide ara de tus sacrificios, en el Sinaí de tus creencias, de donde se desprendia el aroma de las flores para llegar en alas de los ángeles al trono del Todopoderoso.

Has atravesado por una vía dolorosa para formar uno de los monumentos de la inmortalidad.

No te inquiete el viento de los siglos, ellos pasarán sin rozar con sus alas tu frente de piedra.

De hoy mas tu nombre se invocará en los cantos de la tragedia humana!

III.

Como lo habia previsto el jóven general, ya no era tiempo de aventurar una batalla decisiva, porque el enemigo en número considerable emprendia su obra de circunvalacion.

Márquez comprendió que establecido un sitio riguroso, el ejército caería prisionero, y no queria verse en lance tan apurado.

Maximiliano influenciado por sus consejos, y dando oido á sus promesas sobre levantar un ejército en la capital y hacerse de recursos, lo nombró lugarteniente del imperio con facultades omnímodas y con órdenes para que el consejo de ministros, árbitro entonces de la situacion, se sujetase en todo á las instrucciones del lugarteniente.

Márquez salió el 22 de Marzo por el rumbo de Amealco con ochocientos caballos.

Los sitiadores tenian descubierto ese flanco de la ciudad en espera de Riva Palacio que se acercaba á marchas forzadas.

Márquez estaba salvado desde aquel momento.

Cualesquiera que fuese el resultado de la lucha, él se hallaba fuera de murallas, y la suerte del emperador y sus compañeros no le inquietaba en manera alguna.

Ese miserable, fingiendo una gran victoria, llegó á la capital donde se inició como en 861, cuando el robo de las convenciones; con empréstitos forzosos en que se daba tormento de hambre y sed á los que no satisfacian las cuotas señaladas.

V.

El lugarteniente del imperio era el *mismo de siempre*, como decia en sus proclamas; el hombre-*rencor*, el mónstruo-*sangre*, la esfinge-*parricida!*

IV.

Riva Palacio habia salido el 16 de Marzo de Toluca con una division de cuatro mil hombres y seis piezas de artillería de montaña.

Llegó el 22 frente á la *Cuesta China*, el 23 se situó en la hacienda de Miranda, y el 24 se dirigió resueltamente sobre la ciudad.

Hemos dicho que la parte Sur de Querétaro estaba abandonada.

Esa parte comprendia desde las lomas del *Cimatario* hasta la hacienda de San Bernabé, punto por donde Márquez habia practicado su salida la noche del 22.

En la parte Sur de la ciudad está un edificio llamado la *Casa Blanca*, que los imperiales habian fortificado terriblemente.

La Casa Blanca está frente al Cimatario, punto que debia ocupar Riva Palacio para cerrar el círculo del sitio.

Media un llano entre el cerro y la Casa Blanca.

En la alameda habia fortificaciones para apoyar la izquierda del edificio de que vamos hablando, y entre éste y la alameda situadas baterías de fuerte calibre.

La Casa Blanca estaba protejida en su flanco derecho por el cerro de las Campanas.

La posicion era punto menos que inespugnable.

Para establecerse la línea debia darse un asalto falso á la Casa Blanca.

Riva Palacio formó dos columnas de mil hombres cada una, avanzó la caballería por la izquierda y lanzó las masas compactas sobre los dos flancos del enemigo.

La columna derecha la mandaban Velez y Jimenez; estos nombres tienen un gran significado en el huracan de los combates.

La columna izquierda se confió á Canto y Merino.

Ugaldé mandaba la caballería que era muy escasa.

El combate estaba empeñado.

V.

Los imperiales al ver los preparativos del campo republicano, situaron una fuerza de las tres armas en las calles contiguas á la Casa Blanca y esperaron la llegada de las columnas que avanzaban á paso de carga.

Luego que estuvieron dentro de tiro, las baterías cruzaron sus fuegos y en menos de media hora habian puesto fuera de combate á ochocientos de los asaltantes.

Mientras el valeroso Jimenez, ese espíritu de la serenidad y de la abnegacion, alentaba á sus soldados, y Velez los metia, por decirlo así, sobre los fuegos del enemigo, lo mismo que Canto y Merino, Riva Palacio en-

viaba por un refuerzo porque sus soldados caían como árboles que desarraiga el huracan.

Las columnas llegaron hasta disparar sus armas sobre el parapeto.

Estaban á medio tiro de fusil.

El auxilio no llegaba aún, cuando la caballería enemiga se desprendió como una nube de tormenta sobre el llano y se lanzó sobre la columna de Velez y Jimenez, que la recibió á la bayoneta.

Entónces el coronel La Barra con su imperturbable sangre fria, se puso al frente de unos escuadrones en que iban los valientes Eulalio Nuñez y Figueroa.

Trabóse un combate desesperado y la caballería enemiga tomó iglesia tras de sus parapetos despues de sufrir pérdidas considerables.

VI.

En esos críticos momentos llegó el refuerzo mandado por el general Joaquin Martinez.

Aquella columna era la de la juventud.

Allí venian Florentino Mercado, su hermano, Peña y Ramirez, Castañeda y Nájera y tres de los héroes de nuestra novela.

Pablo Martinez saludaba á la libertad con entusiasmo, y á su grito respondia un clamoreo ardiente de patriotismo.

Riva Palacio condujo esta columna personalmente y atacó el centro del enemigo.

Las baterías no cesaban de vomitar fuego, y con él, la muerte y el esterminio.

Una granada cayó entre la columna y reventó con estrépito horrible.

Cuando el humo se hubo disipado, habian desaparecido multitud de aquellos jóvenes patriotas.

Florentino y su hermano quedaban, como buenos, en el campo de batalla.

El bronce tornó á abrir un surco en la columna, entónces Peña y Ramirez, el jóven abogado, el patriota desinteresado y valeroso era el que regaba con su sangre la arena del combate.

Pablo Martinez disparó sus pistolas sobre el parapeto.

Los clarines tocaban retirada.

Las tres columnas comenzaron su movimiento retrógrado en medio del fuego hasta ponerse fuera de tiro en línea de batalla.

La línea de circunvalacion quedaba establecida.

Los clarines tocaron lista.

¡Ay! cuánto valiente faltaba de entre sus amigos!

Ya no volverian nunca á sus filas ni á saludar sus estandartes!

Jimenez llamó con ansiedad al coronel Avilez; este habia acudido momentos ántes al llamado de Dios.

Arellano llegó herido mortalmente en brazos de sus compañeros.

El general Riva Palacio tenia fija la mirada sobre el campo donde yacian tendidos los cadáveres de sus soldados.

Aquel corazon se estaba desgarrando!

Enrique y don Serafin iban en el grupo de Florentino Mercado.

Un casco de granada habia roto una pierna á Enrique y matado á su caballo.

El desgraciado jóven, pálido como la muerte y ensangrentado, yacia tirado en el llano y al rayo de un sol abrasador.

—Martinez, dijo llorando don Serafin, Enrique está ahí y no hay medio de libertarlo.

—Adónde? preguntó el guerrillero, rechinando los dientes de coraje.

—Allí, cerca del parapeto; con el auxilio de los anteojos se le ve levantar la cabeza.

Martinez tomó los anteojos, se fijó bien en el lugar donde estaba su protegido, cargó su mosquete y se lanzó á toda carrera hasta el sitio donde estaba el herido.

Una descarga de fusilería recibió al guerrillero.

—Echen candela, traiderés! gritaba Martinez arriscándose el sombrero y disparando su mosquete.

Los soldados seguian haciendo fuego.

Bajóse de su caballo, que era un arrogante bayo-lobo.

—Martinez, decia Enrique, me muero, levántame.

Acercóse Martinez, levantó con cuidado al enfermo, que se desangraba terriblemente, y lo puso sobre el caballo.

El noble animal se estuvo quieto.

—Está usted bien? preguntó el guerrillero.

—Sí, murmuró Enrique, bañando con su sangre los arneses del caballo.

Los soldados de la trinchera estaban empeñados en matar á Martinez.

Un gefe apoyó su rifle en el parapeto, y en los momentos en que Pablo montaba en el bayo-lobo, hizo el disparo.

La bala vino á pasar bajo el brazo de Martinez, y se introdujo en el costado de Enrique.

—Maldicion! gritó el guerrillero, y volviendo grupas al caballo, se acercó al parapeto y disparó el mosquete sobre el asesino de Enrique.

Aquel tiro, que viniendo de una mano trémula de coraje, no podia tener una puntería certera, por una de aquellas casualidades que no se esplican, envió la bala á la frente de quien iba dirigida.

El gefe se derrumbó sobre los adobes de la trinchera, donde dejó los sesos.

—Ya estoy vengado! gritó Martinez, y se encaminó á su campamento, llevando en brazos á su moribundo amigo.

Cuando los imperiales acabaron de solemnizar su victoria, advirtióse que los republicanos habian atacado la Casa Blanca sin ánimo de tomarla, mientras sus columnas formaban un cerco de circunvalacion.

Aquel simulacro costó á la patria la existencia de sus hijos mas predilectos.

El 24 de marzo entró en las sombras del pasado, llevando una página gloriosa coronada de cinerarias y siemprevivas.